

EL PAPEL DE LA SOCIALDEMOCRACIA EN AMERICA LATINA

(2ª PARTE Y FINAL)
ALAJ, AÑO 6, Nº17, 7/05/1982

Las vertientes del crecimiento socialdemócrata en América Latina.

La Internacional Socialista ha crecido en América Latina en el último quincenio no sólo por su política de adaptación a los movimientos nacionalistas, sino también por el fracaso de las dictaduras militares proyanquis y por el proceso de derechización de los partidos democratacristianos.

Numerosos partidos de centro y de centro-izquierda —desde los movimientos nacional-populistas hasta los reformistas ole diferentes pelajes— han notado que con el apoyo de la IS pueden convertirse en una nueva alternativa, capaz de derrotar a las dictaduras militares y, al mismo tiempo, detener el avance de las masas trabajadoras hacia la revolución socialista. Los líderes de los movimientos nacional-populistas y de otras corrientes del centro-burgués han tomado debida nota del creciente peso económico que a nivel internacional ejercen los países que gobiernan o han gobernado los partidos socialdemócratas, como Alemania, Inglaterra, Francia, Suecia, etc. Y sacan cuentas de respaldo económico que podrían obtener al hacerse miembros de la Internacional Socialista. También son conscientes del apoyo político y material de la IS en sus aspiraciones de reemplazar a las dictaduras militares.

Como dice sin tapujos el sueco Pier Schori los movimientos nacionalistas y populares en América Latina “buscan nuevos aliados. Muchos han resuelto mirar hacia Europa, en busca de apoyo político y con el fin de disminuir la dependencia económica respecto a Estados Unidos. En Europa, la socialdemocracia no sólo es el aliado más adecuado, sino también el más fuerte políticamente” (1)

Este viraje de los movimientos nacional-populistas y de otros partidos burgueses de centro tiene un claro tinte oportunista y pragmático. No se trata de que los dirigentes de dichos partidos se hayan convertido a las ideas socialistas. En rigor, no se han socialdemocratizado sino que están apelando al respaldo de la IS para lograr sus propios fines políticos, incisolublemente ligados a los intereses que siempre defendieron la consolidación del sistema capitalista en sus respectivos países.

Hablar de socialdemocratización de los partidos nacional-populistas y de otras tendencias centristas es introducir un confusionismo ideológico que impide comprender a fondo la postura pragmática de los antiguos y nuevos movimientos populistas burgueses y pequeño burgueses de América Latina. Es inducir a la creencia de que en nuestro continente se está repitiendo el proceso de evolución de los partidos de la socialdemocracia europea, cuyo ascenso se dio sobre la base de la adhesión del nuevo proletariado emergente europeo a una cierta idea del socialismo, a una determinada sociedad distinta a la capitalista.

Aquí, en América Latina, el crecimiento de los partidos de la 18 no se da mediante un programa socialista, ni siquiera del tipo de socialismo más reformista. Los partidos nacional-populistas siguen siendo burgueses y su papel es mantener y reforzar el régimen capitalista. Como prueba, ahí en la historia latinoamericana reciente, está la praxis que han desarrollado en el gobierno los partidos adheridos a la IS, como Acción Democrática y otros, sin mencionar su trayectoria política cuando están en la oposición. ¿Quién podría creer que Carlos Andrés Pérez y los betancouristas de Acción Democrática, Figueres, Brizola, Villanueva y otros se han hecho socialistas de la noche a la mañana?

La Internacional Socialista, a su vez, se ha adaptado a los movimientos nacional-populistas con el fin de superar su anterior debilidad y su aislamiento de las masas, captando partidos adherentes con una ancha base social, que le permita instrumentar la política de distensión y el Nuevo Orden Económico Internacional que le conviene al capitalismo europeo en la disputa de áreas económicas de influencia.

Por todas estas consideraciones, no creemos pertinente hablar de socialdemocratización de América Latina, sino de un viraje pragmático de los movimientos nacional-populistas del pasado y del presente hacia la Internacional Socialista, que coincide con un giro dado por ésta hacia los países latinoamericanos. En todo caso, ambos son no sólo pragmáticos sino también oportunistas.

La Internacional Socialista se ha nutrido en América Latina de nuevos adherentes que provienen de las capas medias asalariadas, del estudiantado y, especialmente, de la intelectualidad de izquierda. Estos intelectuales, que en la década de 1960-70 estuvieron respaldando a los movimientos de la izquierda revolucionaria, han dado un viraje de 180 grados hacia la social-democracia, tratando de lavar sus pecados foquistas con el bálsamo del reformismo socialdemócrata. Podría decirse, que ellos sí aspiran a un proceso de social democratización de América Latina. Al menos, esta variante socialista les resulta más potable y constituye un mayor descargo de conciencia que el burdo apoyo a los viejos movimientos nacional-populistas burgueses, hoy disfrazados de socialdemócratas, de los cuales fueron enemigos encarnizados los intelectuales de izquierda de Argentina, Brasil, Bolivia, Venezuela, etc.

Actualmente, algunos sectores de intelectuales se han inclinado hacia la socialdemocracia como salida política oportunista y otros, como paso táctico para acumular fuerzas en el proceso de lucha contra las dictaduras militares. Si se hiciera un listado de los intelectuales que apoyaron las guerrillas y la izquierda revolucionaria durante la década de 1960-70 y se compara con la posición que tienen actualmente, se contarían con los dedos de la mano los que se mantienen en una postura consecuentemente marxista revolucionaria. Los teóricos de la “dependencia” --si es que a eso se le puede llamar teoría— desde Fernando Henrique Cardoso hasta Thetonio Dos Santos, son no sólo adherentes sino políticos connotados de la socialdemocracia. Es corriente ver hoy día antiguos intelectuales, ex-partidarios de la lucha armada, actuando como consejeros aúlicos de la pacifista socialdemocracia. En contraste, está surgiendo una nueva generación de intelectuales revolucionarios al calor de la Revolución Centroamericana que, junto con quienes fueron capaces de resistir el período contrarrevolucionario de la derrota, enriquecerán la teoría marxista latinoamericana y lucharán al lado de su pueblo por el auténtico socialismo.

Un periodista uruguayo en el exilio, Daniel Waksman, ha manifestado sin pelos en la lengua la nueva postura de los antiguos izquierdistas “En los tiempos en que buena parte de la izquierda latinoamericana hubiera considerado poco menos que insultante la sola posibilidad de buscar algún punto de concordancia, con la socialdemocracia europea, Amílcar Cabral asistía como invitado especial a congresos de partidos como el sueco... Es probable que los latinoamericanos tengamos una mayor aspiración a la “pureza”, una tremenda preocupación por evitar los contactos que pudieran “contaminar ideológicamente”, aburguesándolos, a los movimientos revolucionarios. Pero los tiempos han cambiado mucho. Después del golpe de Chile y los distintos procesos de fascitización que se vienen registrando en Uruguay, en Argentina, en Bolivia y en otros países de nuestro continente, ha habido de hecho, sin que esto estuviera preestablecido en la estrategia de nadie, una serie de aperturas, de contactos, de relaciones...a veces muy estrechas con partidos y organizaciones europeos, social-democráticos, con los cuales la izquierda latinoamericana no tenía hasta entonces ningún diálogo” (2). Como puede apreciarse, la racionalización política no tiene desperdicio.

Por este mismo camino están transitando muchos guerrilleros del pasado. Es un hecho comprobado que a las filas de la socialdemocracia están ingresando gruesos contingentes de las antiguas organizaciones guerrilleras, especialmente en Brasil. La falta de consistencia programática de los ex-grupos foquistas se ha manifestado, en la etapa de derrota, en un viraje derechista. Unos, como el PRT argentino y el MIR chileno han sacado la novísima teoría de que la burocracia soviética no es solamente un aliado táctico sino estratégico de la revolución mundial. Otros, quizá la mayoría, como es el caso de ex-querrilleros brasileños, argentinos, uruguayos y el sector de Chiribogas, escindido del PSR ecuatoriano, apoyan la política de la

LUIS VITALE:

socialdemocracia e, inclusive, han ingresado como militantes a sus organizaciones latinoamericanas.

OP o hecho relevante que queremos plantear es el proceso de socialdemocratización que se está operando en algunos partidos comunistas y otros que provienen de estas filas, como el MAS de Venezuela. En estos casos, nos parece que sí se podría hablar de una socialdemocratización en el sentido que Mandel ha calificado el fenómeno con respecto a los PCs europeos, especialmente italiano y español. Este proceso de socialdemocratización se está dando en el PC de México y también en el PC de Ecuador, donde el ala eurocomunista de Mollé gana posiciones en relación al antiguo stalinista Saed, quien se ha visto obligado a replantear verbalmente una política de clase.

Características generales de los nuevos partidos latinoamericanos de la Internacional Socialista.

Los nuevos partidos que adhieren a la LS provienen, fundamentalmente, de las antiguas formaciones nacional-populistas burguesas y de los nuevos movimientos nacionalistas pequeño-burgueses. Es básico señalar que, a diferencia de los primeros partidos socialdemócratas europeos e inclusive latinoamericanos, los nuevos partidos de la Internacional Socialista en América Latina no tienen un origen obrero. Son partidos policlasistas, como ha nicho Rodrigo de Borja de la Izquierda Democrática ecuatoriana “nuestros partidos deben ser policlasistas. La teoría leninista del partido-clase no es aplicable en América Latina, no solamente porque un partido de esas condiciones no envuelve ni regimenta todo lo que debe envolver y regimentar un partido de masas latinoamericano, sino porque además el propio concepto de clases sociales es muy discutible en América Latina” (3). Por esta vía analítica es muy fácil justificar la colaboración de clases y, sobre todo, dar garantías a los movimientos nacional-populistas burgueses para su ingreso a la Internacional Socialista, porque precisamente dichos partidos fueron policlasistas desde sus inicios, con hegemonía burguesa en su dirección política.

La iS ha buscado fortalecerse rápidamente a través del ingreso de estos partidos que han tenido y tienen una ancha base de masas. No le interesa crecer pacientemente, como lo hizo en Europa, en el seno del movimiento obrero, en las organizaciones de la clase trabajadora. Prefiere ganar de un tirón partidos con influencia de masas, como el Partido Tralabista brasileño, sectores del antiguo MNR boliviano por vía de Siles Suazo, el febrerismo paraguayo, el liberalismo colombiano encabezado por López Micoelsen, la Izquierda Democrática y el antiguo velazguismo de Ecuador, e intenta ganar al PRI mexicano, a sectores del peronismo y radicalismo de Argentina, además de consolidar la relación con el APRA, AD y PLN de Costa Rica, tradicionalmente partidos populistas simpatizantes de la IS. En strictu sensus, las nuevas organizaciones de la IS no son partidos socialdemócratas porque no tienen un origen ni una tradición obrera.

Al mismo tiempo, la 18 ha ganado importantes cuadros de los nuevos movimientos nacionalistas pequeño-burgueses, como es el caso del Partido Nacional del Pueblo de Jamaica, liderado por Manley, de la Alianza del Pueblo Trabajador de Guyana, del Movimiento Nueva Joya de Granada, del Partido Laborista de Barbados y del MNR de El Salvador. Estos nuevos movimientos pueden radicalizarse hasta entrar en contradicción con la política de la dirección de la 18, llegando plantear la liquidación del sistema capitalista de sus países, como puede suceder en Granada.

La mayoría de los nuevos partidos adherentes de la IS no se llaman socialistas, prefiriendo utilizar otros apellidos de aristas menos filudas para los jefes de los antiguos partidos nacional-populistas burgueses. No adhieren tampoco al marxismo. Inclusive, en muchos casos son declaradamente antimarxistas y hacen profesión de fe anticomunista, como el APRA, AD, PLN, etc. Carlos Andrés Pérez ha manifestado sin ambages “Creo que la tendencia dominante en América Latina es la socialdemocracia no marxista” (4)

La ideología no es obviamente socialista, ni siquiera reformista obrera. Es una ideología propia del reformismo burgués. Ninguno de estos partidos postula el derrocamiento del sistema capitalista y su reemplazo por el socialismo. En lugar de plantear la destrucción del antiguo

aparato del Estado burgués, su política tiende a fortalecerlo, aunque con un signo más democrático.

La consolidación de los nuevos roles que ha asumido el Estado contemporáneo es uno de los ejes programáticos de los partidos latinoamericanos adheridos a la Internacional Socialista. Su apología del “capitalismo de Estado” no es casual. El Estado burgués actual no cumple solamente el papel de mediador-distribuidor o de fomentista y estimulador de la industria y la agricultura moderna. Ya no es sólo redistribuidor de la renta de las exportaciones, sino que a partir de la década de 1960 ha comenzado a asumir nuevas funciones, a transformarse en inversor directo de capital. El Estado latinoamericano en muchos países se ha convertido de mediador-distribuidor en Estado “empresario” y organizador de la producción. Antes de la década de los 70, el Estado tenía empresas que fundamentalmente producían insumos y materias primas básicas a bajo precio para beneficio directo de las empresas privadas. En el último quinquenio se ha iniciado la tendencia a que el Estado asuma la organización de empresas rentables, sobre todo en el área de las industrias de exportación no tradicionales. Se ha producido una asociación no sólo del capital financiero extranjero con las empresas privadas sino también una asociación del capital estatal con el capital monopólico internacional. El Estado ha dejado de ser una mera “superestructura”.

De hecho, en algunos países como Venezuela, Brasil, México, comanda el proceso de acumulación del capital. Estas nuevas funciones del Estado van, obviamente, en favor de los intereses de la clase dominante, aunque provocan fricciones interburguesas coyunturales.

Estas nuevas funciones del Estado no conducido a muchos políticos a señalar un desarrollo del capitalismo de Estado en América Latina. A nuestro juicio, el capitalismo no tiene apellido. Es capitalismo y punto. Lo que sí se puede distinguir entre capital estatal y capital privado. Pero el capital estatal, bajo el régimen de dominación burguesa, está Siempre al servicio de la acumulación privada capitalista. En síntesis, no hay capitalismo de Estado distinto al capitalismo. Obviamente, existe una diferencia entre el capitalismo librecambista del siglo XIX y el capitalismo actual con abierta intervención del Estado en la economía.

Los partidos afiliados a la IS, como asimismo otros nacionalistas los PCs y algunas variantes latinoamericanas del eurocomunismo, entre ellas el MAS venezolano, respaldan este nuevo papel del Estado creyendo o haciendo creer que es progresivo, sin advertir que precisamente la política de las transnacionales es asociarse con un fuerte capital estatal en las industrias de explotación no tradicionales, estimuladas por la nueva división internacional del capital-trabajo.

La concepción del Estado que tienen los partidos latinoamericanos de la IS se inscribe dentro del esquema “desarrollista”, de un Estado promotor del llamado desarrollo para sacar a nuestros países del subdesarrollo. Por eso, uno de los puntos programáticos de estos partidos es la reforma agraria, un tipo de reforma agraria que hace recordar los planes de la “Alianza para el Progreso”.

El programa democrático burgués de los partidos de la IS en América Latina es tan limitado que ni siquiera levantan las banderas del movimiento nacionalista de décadas pasadas. No hay programa antiimperialista claro, no tienen planteos de expropiación de las empresas extranjeras claves, ni moratoria o suspensión del pago de la deuda externa, una de las expresiones de mayor dependencia de nuestros países, que ya deben más de 150 000 millones de dólares, de los cuales Brasil debe 50 000 millones, Argentina más de 30 000, Chile 15000 y así suma y sigue. Manley se atrevió a ir un poco más allá, al intentar expropiar y nacionalizar la bauxita en manos de compañías extranjeras, pero cayó sin pena ni gloria.

El programa de los partidos afiliados a la IS se limita a plantear libertades democráticas, respeto a los derechos humanos y mejoramiento de las condiciones de vida de las masas. Este programa está sintetizado en la Resolución sobre América Latina adoptada por el Congreso Mundial de la Internacional Socialista, realizado en Vancouver en 1978 “La IS apoya firmemente las continuas luchas de los pueblos de América Latina por el derecho a vivir en paz y libertad en un sistema democrático que respete los derechos humanos y promueva el desarrollo social.”

La apología de la democracia burguesa está ligada con el postulado de libertad de asociación que levanta la IS, Franz Hinkelammert ha señalado acertadamente que “la inserción

socialdemócrata conduce a una relación muy especial de ésta con la democracia burguesa. Vista ésta a partir del derecho de asociación, su preservación es vital para el proyecto socialdemócrata. Al capitalismo sin derecho de asociación y, por tanto, sin democracia burguesa como la entiende la socialdemocracia, se le considera como una sociedad ilegítima. La socialdemocracia, por tanto, se transforma en el pilar fundamental de la democracia burguesa en el grado en el cual ésta incluya el derecho de asociación” (5).

Sin embargo, estamos en desacuerdo con Hinkelammert cuando sostiene que la socialdemocracia “no es antisocialista de por sí, debido tanto a razones históricas como también al hecho de no realizar —en cuanto a su espacio ideológico se retiene— una legitimización intrínseca de la sociedad burguesa” (6). Este concepto podría aplicarse a la socialdemocracia del siglo pasado y principios del presente. Pero, desde la primera guerra mundial la praxis anlisocialista de la socialdemocracia es por demás evidente. Y qué decir de la actualidad, en que la socialdemocracia ha administrado y administra el Estado burgués en diversos países europeos y de su evolución después de la primera guerra mundial, pero el tema ha sido planteado en un ensayo sobre el actual papel de la socialdemocracia en América Latina. Y en este sentido, no caben ambigüedades. Los partidos adheridos a la IS América Latina son claramente antisocialistas, especial mente los que pro tienen de las antiguas formaciones burguesas sedicentemente nacionalistas. El error de Hinkelammert proviene de considerar a la socialdemocracia latinoamericana como parte constituyente del reformismo obrero, cuando en realidad se trata de reformismo burgués.

De allí deriva el otro error de Hinkelammert, autor que comentamos por ser uno de los pocos marxistas que ha teorizado sobre el actual papel de la socialdemocracia en América Latina. Nos referimos a su afirmación de que “es muy llamativo que en la ideología socialdemócrata no existe nada parecido al derecho natural de la propiedad privada. En la tradición socialdemócrata no se afirma directamente la legitimidad de la propiedad capitalista” (7).

Esto pudo ser válido para la socialdemocracia desde sus orígenes hasta la primera guerra mundial. Posteriormente —como diría Hamlet— son palabras, palabras, palabras. Y si no que le pregunten a los obremos franceses, ingleses y alemanes cómo y en qué forma los gobiernos socialdemócratas han defendido con dientes y muelas la propiedad privada de los medios de producción. La aseveración tic Hinkelammenrt es menos aplicable a la social-democracia latinoamericana, compuesta en su mayoría por partidos nacional burgueses y pequeño burgueses que hacen de la propiedad privada la base de su programa desarrollista.

Hinkelarnmert llega a decir que los movimientos socialdemócratas de origen populista en América Latina se desarrollaron más análogamente con la ideología socialdemócrata europea y, por tanto, se han enfrentado con problemas semejantes. Una vez embarcados en el proceso de reformas, fueron llevados a interpretar la democracia burguesa a partir de la libertad de asociación. Al promover la organización obrera tenían que evitar, al mismo tiempo, una legitirnización explícita de la propiedad privada y, enfrentados con los límites impuestos a las reformas por las relaciones capitalistas de producción, se desarrollaron en su interior corrientes que los empujaron más allá de estos límites. Estos procesos se dieron en el Peronismo argentino, en Acción Democrática de Venezuela, en el PRI mexicano, en el APRA peruano y hasta en el Partido Liberación Nacional costarricense. Si se lo quiere ubicar en este contexto, también se lo puede encontrar al Partido Socialista Chileno. Estos partidos surgen de una lógica intrínseca a los partidos reformistas en cuanto que integran la organización de la clase obrera, y se deben a los problemas específicos con los cuales tales movimientos se encuentran. Por eso aparecen espontáneamente en los lugares más diversos. Surgen en los lugares y momentos en los cuales el espacio real para las reformas, dejado por la sociedad burguesa, es suficientemente grande, y chocan con el poder burgués cuando este espacio se restringe, sin que desemboquen, necesariamente, en movimientos revolucionarios. Sin embargo, no es imposible que esto ocurra, mientras que dentro del espacio ideológico de la democracia cristiana esta posibilidad es excluida a priori” (8).

Estas aseveraciones no tienen asidero en la historia real de América Morena. En primer lugar. los movimientos nacional-populistas, que actualmente han adherido a la IS, no tuvieron un origen obrero, como la socialdemocracia europea, si no que fueron partidos burgueses que a través de sus planteamientos anti-oligárquicos y su demagogia populista lograron el apoyo de

vastos sectores de masas, en su mayoría provenientes de la migración campo-ciudad, estimulada por el proceso de urbanización y de industrialización

En segundo lugar, la organización obrera promovida por los movimientos nacional-populistas fue distinta a la practicada por la socialdemocracia europea. Esos movimientos burgueses procedieron a la organización de sindicatos por arriba, a través de un proceso de estatización sindical, que se asemejaba al practicado por el fascismo italiano, praxis sindical a la cual siempre se opuso la socialdemocracia europea. Es de todos conocida la estructura ventricajista y dependiente del Estado de la CGT argentina, bajo el peronismo, o la Central Sindical "charrista" de México manipulada por el PAI, de la CIV instrumentalizada por Acción Democrática, etc. La tan mentada "libertad de asociación" llegaba hasta donde la tolerancia la dirección burguesa de esos movimientos populistas. En casi todos los casos de renovación de autoridades sindicales, la dirección de los partidos mencionados designaba o nombraba por arriba a los dirigentes de la Central Sindical, como fue el caso de Espejo y otros secretarios generales de la CGT argentina. En Europa, la socialdemocracia, aunque tenía un rígido control burocrático del movimiento sindical, siempre se opuso a la estatización sindical, es decir a la conversión de los sindicatos en apéndices del Estado. Por consiguiente, no existe, ni siquiera una analogía formal, y menos una similitud de contenido real de la organización sindical promovida por los movimientos burgueses populistas de América Latina y la planteada y realizada por la socialdemocracia europea.

Con respecto a la llamada "lógica intrínseca de los partidos reformistas", esta afirmación podría aplicarse a la socialdemocracia europea, que nació en el seno del movimiento obrero y que tenía que responder, de una u otra manera, a las demandas de la clase que surgió. Pero esta "lógica", que es intrínseca a los partidos del reformismo obrero, no rige para los partidarios del reformismo burgués, como los movimientos nacional-populistas latinoamericanos, que tuvieron una génesis y una dirección burguesa. El compromiso de estas direcciones con las masas no deriva de su origen de clase —como fue el caso de la socialdemocracia europea— sino de la necesidad de utilizarlas y manipularlas, en un juego bonapartista "suígeneris", para maniobras antioligárquicas coyunturales, que de todos modos nunca cuestionan el orden burgués. Por eso, la aseveración de Hinkelammert de que estos partidos o movimientos tenían que "evitar una legitimización explícita de la propiedad privada", nos parece más bien una balada a la luna, que nada tiene que ver con esos partidos que nacían y hacen una apología permanente de la relación armónica entre capital y trabajo.

En tercer lugar, nos parece arbitrario el diagnóstico de Hinkelammert en relación a que los partidos socialdemócratas latinoamericanos pueden generar más corrientes de izquierda que los partidos demócrata-cristianos. Es cierto que del APRA se desprendió la Tendencia Revolucionaria encabezada por Luis de la Puente Uceda y Ricardo Napurí, y que de Acción Democrática se escindieron en 1961 sectores sindical y de la juventud, encabezados por Simón Sáez Mérida, Domingo Abierto Rangel, Américo Martín, Moisés Moleiro y otros que conformaron el MIR. Por lo tanto, no se podía negar a priori la posibilidad de que se generen corrientes revolucionarias en los actuales partidos de la IS, especialmente de la región centroamericana y caribeña. Pero esta no es una cualidad inherente sólo a la socialdemocracia. Se ha de ir a todos los partidos del reformismo obrero y burgués, en los antiguos PS y PC. Los desprendimientos por la izquierda de cualquiera organización reformista dependen del contexto político concreto de cada país y de la etapa de la lucha de clase que se viva. Es muy probable que la revolución centroamericana provoque un proceso de diferenciación política en los partidos nacionalistas o de izquierda latinoamericanos más agudo que el desencadenado por la Revolución Cubana. Así como ésta, durante la década de 1960, hizo entrar en crisis todas las superestructuras políticas tradicionales, creemos que la influencia de la Revolución Centroamericana agudizará más aún esta crisis, dando lugar a partidos revolucionarios, a escisiones de los antiguos partidos y a nuevos reagrupamientos revolucionarios.

A estos nuevos reagrupamientos confluirán también los sectores populares que se escindirán de la Democracia Cristiana y aquellos cristianos influenciados por sus hermanos revolucionarios de Nicaragua. En tal sentido, creemos que los cristianos tienen en las enseñanzas de los profetas y de los relatos contenidos en los libros de San Mateo y San Lucas

una rica fuente de inspiración social, basada en el cristianismo de las catacumbas, en el cristianismo rebelde contra la opresión de los jefes del imperio romano.

Es muy probable que nuestro continente, cristiano en su gran mayoría, genere más revolucionarios salidos de las filas cristianas que de los partidos socialdemócratas ; cristianos de la talla de un Camilo Torres, cardenal y D'Escoto, con una mística revolucionaria quizá mayor que aquellos sedicientemente llamados de izquierda. Cristianos que se acercarán a las corrientes marxistas revolucionarias en la medida que se supere el paternalismo de los partidos de izquierda, para los cuales sólo se ha tratado de obtener utilitariamente el apoyo de los cristianos. Los cristianos , a su vez, deberán superar su conciencia de culpa, que deviene del papel jugado por la jerarquía eclesiástica en América Latina, coludida en el pasado por la vieja oligarquía terrateniente. Hay que terminar con esta manipulación de los cristianos por los partidos de izquierda. Ellos tienen derecho a participar activamente junto a los marxistas en el proceso revolucionario.

Por todo esto, nos parece arbitrario y apriorístico diagnosticar que de la socialdemocracia surgirán más cuadros revolucionarios que del campo cristiano. Es de esperar que esta racionalización política no sirva para justificar una política de entrismo en la socialdemocracia latinoamericana o de Frente Unico prioritario con ella.

Nosotros estamos en una política de acciones comunes con varias corrientes, incluida la socialdemocracia latinoamericana, en relación a problemas concretos como la lucha contra las dictaduras militares, por el boicot económico de las juntas militares del Cono Sur, por el reestablecimiento de las libertades democráticas y por los derechos humanos, por la libertad de los presos políticos y el esclarecimiento de los desaparecidos. Estamos también dispuestos a luchar codo a codo por el apoyo a la Revolución Nicaragüense, Salvadoreña y Guatemalteca y contra la agresión a Cuba, el primer Estado obrero del continente, que ha iniciado a etapa histórica de transición al socialismo en nuestra América Morena.

Pero debemos decirlo francamente: no creemos en el proyecto estratégico de la socialdemocracia. Los partidos afiliados a la internacional Socialista seguirán ganándole el espacio político de centro a la Democracia Cristiana y puede convertirse en alternativas momentáneas a la caída de las dictaduras militares en algunas naciones revolucionarias. Lo más probable es que se desencadenen contradicciones entre las corrientes derechistas y centristas al interior de los partidos socialdemócratas, como la pugna entre betancouristas y carlosandresistas en Acción Democrática, o entre las corrientes de Villanueva y Townsend en el APRA y también entre sus partidos, como la diferencia del MNR salvadoreño con el PLN de Costa Rica.

Cualesquiera que sean los avances coyunturales, políticos y electorales de la socialdemocracia, estamos convencidos de que su proyecto político estratégico está agotado, como lo demuestra su praxis cada vez que han ejercido el gobierno en representación de la clase dominante. Lo demás es sembrar ilusiones en una vía reformista-burguesa, bajo las formas de nacional-populismo o de la llamada democracia representativa, ya transitó repetidas veces ala historia latinoamericana con el resultado ya conocido de nuevas experiencias democrático burguesas frustradas.

**Universidad Central de Venezuela
Diciembre de 1981.**

NOTAS

- (1) PIERRE SCHORI: **Socialdemocracia y América Latina**, en Rev. Nueva Sociedad, N°40, p. 116, enero-febrero 1979.
- (2) Revista Nueva Sociedad, N°40, p. 116, enero-febrero, 1979
- (3) Revista nueva Sociedad, N°48, p. 112, mayo-junio, 1980.
- (4) CARLOS ANDRÉS PEREZ: **La opción socialdemócrata en América Latina**, Rev. Nueva Sociedad, N°54, p. 110, mayo-junio, 1981
- (5) FRANZ HINKELAMMERT: **Socialdemocracia y Democracia Cristiana: las reformas y sus limitaciones**, en El juego de los Reformistas frente a la Revolución Centroamericana, p. 43, Dep Ecuménico de Investigaciones, San José, Costa Rica, 1981.
- (6) Ibid, p. 46
- (7) Ibid, p. 39
- (8) Ibid, p. 51 y 51.

LUIS VITALE: